

El liberal
humild

MIENTRAS PASA LA TORMENTA 9-IX
1923

NO HAY PEOR CACIQUISMO QUE EL QUE SE REVISTE DE APARIENCIAS DE LEGALIDAD



Mientras pasa la tormenta de nuestra guerrilla bueno es volver la vista a lo que más de cerca nos rodea, y fijarla en esta vida social cotidiana de los que viven y penan y esperan por debajo de la historia y sustentándola. Que si estas montañas que me cercan y ciñen a mi espíritu para que tenga que buscar salida hacia el cielo son símbolo viviente—y ¡vaya si viven!—de la permanencia, no lo es menos esta comunidad de hombres de Tudanca—la Tablanca de Pereda—, que discurre hacia la eternidad con el mismo rumor manso que hacia el mar discurre el río Nansa.

El río, cuyo torrente se quiebra entre cudones que bajaron de los riscos, corre por el fondo de la barranca que separa a este poblado del de la Lastra, tocante a la carretera. El camino que separa y une ambos barrios es pedregoso y escarpado, por él corre a trechos un arroyo. El año de la gripe un fuerte aguadujo se llevó el puente, que ha sido sustituido por otro provisional o interino—un tronco tendido entre rústicos machones—por los vecinos de Tudanca. Mas no sin que el alcalde del Municipio, vecino de la Lastra y forastero de origen, denunciara a Obras públicas la prestación. Alcalde que a la vez se opone a que el Municipio haga el puente, y que hizo que el distinguido insignificante garciprietista Sr. Garnica, diputado por el distrito, se opusiera, con apariencias de legalidad burocrática, a que el Estado reparase la injusticia del alcalde. Que no hay peor caciquismo que el que se reviste de apariencias de legalidad.

¿Y por qué lo del alcalde? Porque siendo mercader—mercader de borde de carretera—no le conviene que puedan llegar fácilmente las mercaderías a este apartado barrio. Estorbábale su negocio cuando la Cooperativa del Sindicato católico las traía. Y este es un espejo de la vida intra-histórica de nuestros pueblos y una muestra de lo que sigue pasando mientras la tormenta pasa.

¿Revolverse contra ello? Para estos rudos montañeses, que están, quién sabe si más acá o más allá de distinciones como la que hay entre servidumbre y revolución, y aun entre paz y guerra; para estos rudos montañeses, que sueñan lo que ven y lo que trabajan, agarrados, como eternos niños, a las rocosas tetas de la Tierra y ordeñándolas en dura brega, el alcalde y el distinguido insignificante político de menor cuantía Sr. Garnica y el Gobierno todo—éste y el de ayer y el de mañana—son, como la epizootia y a la sequía, y el nublado, y los aguaduchos y los lobos, un accidente fatídico

que hay que soportar con resignación más pagana que cristiana.

Y otro accidente así es la guerrilla de Marruecos. Tal vez se le oye a uno que otro maldecir de ella; pero será alguno que lee u oye leer papeles o a señores. Callan los que han estado sirviendo al reino y a la empresa bélica en Africa, y parece como si al volver al regazo del valle nativo se hubiesen olvidado de cuanto allí vieron. Si es que vieron algo allí. Son tan mansos como los bueyes que llevan a las altas praderías. Y sin embargo...

Larra, en su conceptuoso ensayo "El hombre globo", llamó al campesino el hombre-tierra—al de la clase que llamamos, no se sabe por qué, media, le llamó hombre líquido—, y comparó las sacudidas de la aldeanería a los temblores de tierra, así como las de la burguesía a inundaciones o cataclismos. (En griego "catástrofe" es revolución, y "cataclismo" inundación). Pero Larra no se percató de que los terremotos suelen ser mucho menos extensos, aunque sean más intensos, que las grandes inundaciones. Y es que el agua se solidariza más que la tierra.

Aquí, en estas montañas, no es de esperar o temer una revolución agraria, que ni hay foros ni cosa que se le parezca mucho. Lo que hay aquí, en Tudanca, es propiedad inmueble co-

munal, el prado del Concejo, del que por suertes disfrutaban todos los vecinos. Y esa comunidad en el disfrute de esos pastos les da un sentido de comunión espiritual, ya que su espíritu es fundamentalmente económico. Pero económico en el más alto y puro sentido, y no en el exclusivamente materialista. Su religión misma es una economía del sueño de ultratumba. La vida colectiva, social, depende de esa comunión en el prado del Concejo. En él comulgan socialmente. A un buen tudanco le arraiga a su lugar esa comunidad, que le procura además las querellas y disputas sin las cuales sería imposible la vida civil.

Ayer veía a unos vecinos guiar las "basnas"—una especie de narrias o tableros con que se arrastra, sendero pedregoso abajo, el heno segado—con hierva para el ganado de otro vecino, que, postrado en la cama—de vuelta del servicio del reino, en que se le ha dado por inútil o inválido—, no puede dirigir por sí mismo este trabajo.

Pero dejo para otro día contaros, mientras la tormenta pasa, la comunión civil, allá en la cumbre del prado del Concejo, de estos hombres de la tierra permanente.

MIGUEL DE UNAMUNO

Tudanca, 25 VIII 1923.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SALALES